

El Ulster sigue lejos de la independencia británica

El acuerdo firmado entre Garret Fitzgerald y Margaret Thatcher para conseguir una administración conjunta del Ulster puede parecer a primera vista un acuerdo histórico, pero la soberanía de esta provincia británica es de momento incuestionable. El problema de fondo, es decir, la división nacional de Irlanda continúa siendo el mismo de antes.

La cuestión de Irlanda del Norte o el Ulster es un tema delicado que no se soluciona únicamente con un cambio de actitud aparente por parte del Reino Unido. El tema pasa por un diálogo político y responde fundamentalmente a una lucha de comunidades religiosas tradicionales: los católicos (nacionalistas) y los protestantes (unionistas). El problema social del Ulster viene de lejos, y para analizarlo hay que considerar los posibles efectos. Por un lado, la soberanía de Irlanda del Norte no es cuestionable para el Reino Unido y cualquier desliz en este sentido podría hacer caer al Partido actualmente en el Gobierno. El otro país afectado, la República de Irlanda, pide una participación político-administrativa del Ulster, ya que el espíritu de su Constitución responde a una unión de las dos Irlandas o, lo que sería lo mismo, suprimir las fronteras.

Al margen de los intereses de todo tipo, en ambos Estados, existen las

reacciones, expresiones y la vida cotidiana de un millón y medio de británicos —en cifras oficiales— que viven en el Ulster al mismo tiempo que la minoría católica —una tercera parte— no está de acuerdo con la discriminación que recibe de la mayoría protestante.

Todo ello en un marco hostil, sabiendo también que la región geográfica del Ulster en la Comunidad Económica Europea es una de las más pobres, en cuanto a su Producto Interior Bruto per capita —a pesar de que la República de Irlanda lo tiene aún más bajo.

El acuerdo anglo-irlandés de Hillsborough

Los dos Primeros Ministros de Irlanda y del Reino Unido, Garret Fitzgerald y Margaret Thatcher, respectivamente, al firmar el Acuerdo Anglo-Irlandés de Hillsborough, convirtieron la cuestión del Ulster en un tema de actualidad, pero no quedan claros los pormenores y la significación de esta cumbre. Se puede convenir con los signatarios en que se trata de un Acuerdo histórico, en el sentido que Irlanda tendrá, por primera vez, desde 1922 un papel consultivo —arbitraria partición de Irlanda—. La base del Acuerdo está en la creación de una Comisión Anglo-irlandesa que estará presidida por el Secretario de

Estado británico para Irlanda del Norte y el Ministro de Asuntos Exteriores de Irlanda. Se creará además un Secretariado Permanente con sede en Belfast, formado por funcionarios de ambas administraciones, que se encargará básicamente de supervisar las decisiones que se tomen en diversos campos. Los temas estrictos de seguridad y defensa, evidentemente, no se podrán tocar en este Secretariado ya que dependerán directamente de Londres lo cual quiere decir que la soberanía es intocable.

Las reacciones de los partidos más importantes del Ulster no se han hecho esperar. Tanto los partidos de tendencia católica como los unionistas en líneas generales están en contra del Acuerdo.

El Partido Democrático Unionista de Ian Paisley, el más radical de los protestantes, asegura que Margaret Thatcher ha traicionado a los británicos y a los unionistas y no va a permitir que se lleve adelante el proceso de unificación de Irlanda de ninguna manera. La otra fuerza protestante importante, el Partido Unionista Oficial de James Molyneux, si bien más moderado, está igualmente irritado con la inesperada reacción de Londres. Ambos partidos se han puesto de acuerdo para pedir a la administración británica un referéndum en la provincia del Ulster para saber si la población está de acuerdo o no en cambiar el actual estatus de Irlanda del Norte o bien unirse a la República de Irlanda. Aunque el gobierno británico ha reiterado en diversas ocasiones que la soberanía es indiscutible, lo cual no debería preocupar a los partidos unionistas del Ulster, tanto Paisley como Molyneux insisten en que el Acuerdo firmado es una derrota para el Reino Unido. En el caso de que a medio plazo se realizará un referéndum, no habría ninguna probabilidad de cambio para los católicos ya que la población católica es dos veces inferior a la protestante.

El Sinn Fein, brazo político del IRA (Ejército Revolucionario de Irlanda), católico y nacionalista, está liderado por Gerry Adams, y es el más radical de los partidos católicos. En las pasadas elecciones municipales se vió muy re-

forzado ya que obtuvo casi el 12 % de los votos. No aprueba el Acuerdo, porque considera que aún habrá más enfrentamientos entre las dos comunidades. Esto pondrá en difícil situación la provincia, en detrimento de la confianza que el Reino Unido pueda poner en esta región. Esto a la larga va en contra de los intereses de los católicos ya que tendrán una participación muy reducida en la vida ciudadana e institucional. Las relaciones entre el Sinn Fein y el IRA no son muy fructuosas porque este no cree en las palabras y por esto se expresa con la lucha violenta en vez de hacerlo por vía pacífica. En las pasadas elecciones municipales el Sinn Fein quedó a sólo seis puntos del partido hegemónico de la minoría católica, el Partido Social Demócrata y Liberal de John Hume, de tendencia más moderada. Hume cree que hay que esperar algún tiempo para ver los avances y el lado positivo del Acuerdo Anglo-Irlandés.

Charles Hayguey, líder del Fianna Fail, oposición irlandesa, tampoco ve con buenos ojos el Acuerdo, ya que opina que con él no se resolverá el problema fundamental de Irlanda del Norte, es decir, la división nacional de Irlanda. Sólo la oposición británica lo apoya —Niel Kinnock, laborista; David Owen, socialdemócrata y David Steel, liberal— se pronuncia a favor e incluso adulan a Margaret Thatcher y su victoria en este tema.

Propósitos exteriores

Como se ha dicho antes, la cuestión del Ulster es un tema delicado porque estran en él factores políticos, religiosos e incluso históricos. Pero si el Reino Unido no piensa traspasar la soberanía hacia Irlanda, e Irlanda sabe que mediante el Acuerdo firmado el pasado noviembre sólo tendrá una ligera participación en la Administración, pueden pensarse dos cosas. La primera es que se está viviendo un momento trascendental o histórico en el que la primera fase ha sido el citado Acuerdo, y más adelante, no se descarta una posible transferencia de la soberanía, lo cual es

difícil de pensar dada la experiencia británica en estos casos. El ejemplo de Gibraltar y España es una prueba evidente, incluso teniendo en cuenta que España es miembro de la OTAN y de la CEE, e Irlanda lo es únicamente de la CEE. La otra posibilidad es la presión por parte de la OTAN y concretamente de los EEUU para poder instalar bases en Irlanda.

William Clark, ex asesor de seguridad nacional de Ronald Reagan, hizo el verano pasado un viaje a Dublin para confirmar una ayuda de los EEUU de 80.000 millones de pesetas, en tres años, «si los dos gobiernos firman el Acuerdo y si está consigue el apoyo del partido nacionalista católico de John Hume».

No hay que olvidar que el Acuerdo de Hillsborouht si sale mal, es decir, si después de las duras protestas de los unionistas del norte o después de una escalada terrorista del IRA y otros grupos que recientemente han surgido del ala protestante, podría afectar negativamente a los dos partidos que actualmente mandan en el gobierno de ambos países firmantes. Por este motivo, pue-

de pensarse que esta decisión responde a presiones exteriores de la región o por lo menos a una voluntad de Margaret Thatcher de contentar a la opinión pública internacional ahora que falta poco para que se celebren las elecciones generales.

Tampoco hay que olvidar los acuerdos de Sunnigdale de 1974; aunque estos no daban tantas concesiones a Dublin fracasaron principalmente por la oposición de los grupos radicales de la comunidad protestante. En el supuesto caso de que por parte británica haya una auténtica voluntad negociadora para acabar con la crispada situación del Ulster puede ser un buen momento psicológico, ya que una gran mayoría de la población esta cansada de violencia. En los últimos 15 años se han contabilizado un total de 24 mil heridos y 2.250 asesinatos, de los que 1.706 han sido civiles, 382 miembros del ejército y el resto miembros de la policía.

Ramón Roca i Ribo